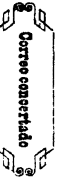


EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA



Punto de suscripción y venta.

Toledo. D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los sábados.

Redacción y Administración:

Calle de la Lechuga, núm. 18

Suscripción.

Un año.....	8,00 pesetas.
Número suelto.....	0,10
Idem atrasado.....	0,15

Pago adelantado.

NUESTRA PROTESTA

No tenemos palabras con que expresar nuestra indignación ante los tristísimos y gravísimos sucesos de Barcelona, Sabadell y Badajón.

Alborotadores traidores, soliviantados por plumas envendadas, y seducidos por políticos sin conciencia, sin honor y sin patriotismo, aprovechando las críticas circunstancias presentes, han intentado herir por la espalda a nuestra madre Patria, turbando el orden y sembrando la anarquía y la confusión en la rica y honrada región catalana.

En nombre de España, empeñada en una lucha exterior, en nombre del orden y de la autoridad, por cuyos principios labramos incesantemente; en nombre, en fin, de nuestra hermana Cataluña, herida en sus fibras más delicadas, protestamos indignados con toda la energía de nuestra alma y exhortamos con toda la fuerza de nuestro ser a los numerosos colaboradores de las cabillas del Rif, que d-sentados y locos, desgarran las intestinas entrañas de nuestra querida Patria, labrando con sus actos de sedición y rebeldía, salvajes y criminales, por el triunfo de los kabliefos que más allá del Estrecho abofetean a nuestra Nación.

Lo indiscutible.

Hay en el corazón humano sentimientos arraigados tan profundamente como su misma vida y en él se encuestran tan espontánea y naturalmente como parecen innatos o congénitos. No preguntéis por ellos a un hombre honrado; no tratéis jamás de inquirir su existencia ni averiguar su razón de ser, porque confundidos con lo más querido de nuestra vida, parecerá un insulto solamente pedir alguna explicación acerca de la existencia, afecto y amor de tales sentimientos.

Y entre éstos, para todo pecho bien nacido, para todo hombre honrado, ocupa lugar preferente el sentimiento de amor a la madre Patria. Pensar de otra suerte, punto es de la hombre ruine, cobarde y miserable, para quienes no existen ni la más ligera idea del honor, la dignidad y la vergüenza.

La Patria, después de Dios, es la expresión más hermosa y más dulce que puedan pronunciar nuestros labios; como que a ella va vinculada un número de afectos, de aspiraciones, de alianzas, de gratísimos recuerdos que habitan a nuestra alma con el lenguaje de lo sublime, de lo noble, de lo grande, de manera tan dulce y amable y tan conmovedora y ardiente, que nada puede romperse, como fusión que es de idealidades y grandezas irremplazables, como el sitio donde pasó nuestra infancia, donde despertamos a la vida de la razón, donde se hallan los objetos asociados a lo más caro de nuestra vida y los seres más amados por nuestro corazón, como nuestros amigos, nuestros parientes, nuestra madre.... lo más tierno, lo más afectuoso, todo, en fin, cuanto en nuestra vida material merece ferviente amor y acentuado cariño.

Por eso la bandera nacional, símbolo de la Patria, es grandiosa en todo el mundo, y a su presencia no hay quien se descubra con el mayor y más profundo respeto.

Y sin embargo, este afecto, este amor patrio, que lo tienen hasta en el Rif, falta a veces en las naciones civilizadas, mejor dicho, no falta nunca; pero se estorba su manifestación y se propone a miras egoístas, a individualismos rastrosos, a personalismos miserables. Y la razón es clara. El amor a la Patria es expresión de una ley, ya que sin ley no hay nada en el mundo, y esta ley es la ley natural, derivación o participación de la ley eterna, aquella que es base, fundamento y vida de todas las leyes.

De esta ley eterna provienen las leyes todas humanas, religiosas ó civiles, grandes ó chicas; y en su vida perenne é inmutable encuéntranse la regla fija, la firme estabilidad, la única relación, por donde conste su bondad. D- aquí que, negada la ley eterna, se destruye el principio de todas las leyes y como funesta consecuencia se produce el desorden, aun en aquellas cosas que parecen naturales y hasta inalterables.

Mas como a los malos nunca les falta el atrevimiento necesario para pretender defenderse de las justas acusaciones de la recta razón, no suelen negar la existencia de la ley eterna; pero niegan su relación con las otras leyes ó su aplicación a los casos particulares cuando a ellos no les resulta bien seguir sus torcidos fines; y con esta distinción ya les parece solucionado el asunto y quietada su conciencia.

Y sin embargo, nada hay más desparatado, porque ¿quién los de interpretar la ley, el legislador ó el súbdito? Es absurdo pensar que al súbdito corresponda decir como y cuando obiga la ley en cada caso particular, pues si así fuera, no habría ley posible; luego el puesto del sujeto de la ley es obedecer y cumplirla, no distinguirla, ni rechazarla y menos contrariarla.

Por eso hay muchos españoles que, sin darse cuenta quizás, siguen la corriente que los que no niegan el amor a la Patria; pero lo distinguen a su manera, erigiéndose en legisladores para decir cuando y como se debe manifestar este amor y hasta donde debe llegar tal ó cual sacrificio.

Esta es una miserable argucia de aquéllos, que ateos en Religión, son marquisitas en política y poseen los intereses generales a sus particulares caprichos y los intereses de la Patria a ritos y misteriosos juegos.

No vale distinguir. Si somos españoles debemos estar con España en todas sus necesidades, y si ahora nos necesitan, ahora mismo debemos ofrecer y dar cuanto de nosotros necesitan. Resquestrar los sacrificios en las presentes circunstancias, además de falta de amor a la Patria, nunca serán otra cosa que pretextos de mal pagador, en la más justa y sagrada de las deudas.

La lucha de la vida.

VII

Suprimid, si os place, el sacrificio del cuerpo, de la carne, de los sentidos; y luego perecerá de indignidad el orden científico, dejándonos a oscura; después el orden moral, dejándonos sin ley; después el orden estético, dejándonos sin alas, y por fin el orden eterno, dejándonos sin esperanza. Y el corazón, entonces, no hará ni podrá hacer otra cosa, más que padecer y llorar las privaciones del vacío en todas sus esferas; padecer y llorar las privaciones de la ignorancia, de la inmundicia, del desorden y de la desesperación.

Por el contrario, aceptad, practicad, amad el sacrificio del cuerpo y de los sentidos, y a sus especusas urecera y se ensanchará el orden intelectual con todas las delicias de la ciencia; y el orden moral, con todas las satisfacciones de la virtud; y el orden estético con todos los encantos de la belleza; y el orden eterno con todos los atractivos de la esperanza. Y el corazón atraído, entusiasmado, cautivado por tan sublimes y conmovedores deberes, empieza a desprenderse de los lazos de la tierra, y aligerarse de los afectos carnales y mundanos, y elevarse sobre la región de los intereses, de los honores y de los placeres sensibles; y cada vez más ligero, cada vez más desmaterializado, vuela y se remonta hacia el centro de toda luz, de todo bien, de toda hermosura y de toda delicia; y cuanto más de cerca lo contempla, más se enamora, más se entusiasma, más se rinde hasta quedar como suspendido del cielo por tan dulce y fascinadora atracción. Y colocado en esta altura apenas siente, apenas percibe, apenas interrumpen su tranquilidad y su gozo las contrariedades de la fortuna, de la salud ó de la importancia social; éstas son corrientes que pasan muy por debajo de su amorosa esfera de actividad.

(Continuad.)

DESNUDECES Y BASURA

EN LA CALLE

—Doña Cotufa mí, ¿cómo tan fiero lleva usted ese rostro?

—¡Ay, don Severo que voy echando chipas hacia mí casa; vamos de prima, niñas.

—¿Qué es lo que pasa?

—Este Gobierno tiene la culpa entera.

—¿De qué, doña Cotufa?

—Porque tolera que por calles y plaza ande el salvaje manchando con su feo liberticaje a personas decentes.

—Usted exagera.

—Que lo digan mis niñas; ven acá, Pura; ¿qué os han dicho esos cafres?

—Mucha basura: que somos unas...

—¡Calla! ¿Eh, don Severo, se va usted enterando que no exagero?

—Pase miradas... ¡un hora son ciertos ojos!

¡Dios mío, qué vergüenza, cuántos sonrojao!

—Pero si ustedes mismas, doña Cotufa, al rojo blanco ponen la humana estufa!

—¡Mire bien lo que dice!

—No mire nada.

—¿Le parece a usted digno de gente honrada llevar esos escotes en el vestido,

esas blusas tan claras, ese collar,

y, en fin, ese atajo de peodoras

que con viste a sus hijas a todas horas?

—No sabe usted de modas.

—Pero sé el modo con que Luzbel amasa un mundo todo;

así que esas dondeses son extranjeras,

que en París las imponen viles rameras,

y ustedes, españolas de honrado nanto,

excearías deberan con odio santo.

Una mujer cristiana es siempre bella

si vive en las alturas como la estrella,

no en los malos del vicio.

—¡Ay, Don Severo!

me va usted resultando un misionero.

¿Por qué no se va a China?

—¡Si es que las chinas

no llevan esas modas tan libertinas!

¡Ustedes del desmodo haciendo traje

convierten a la Europa en más salvaje

que el África central.

—¡Eche usted, yaaa,

y sólo porque quiero ir una frescá!

—Esa es, señora mí, mucha frescura

para quien tiene abierta su sepultura

y una alma que salta.

—¡Justa, qué miedo!

¿cómo va usted a obligarme que roce el Credo.

—Haga usted lo que quiera, mas a un apuro,

encargue que la metan en su equipaje

busitas transparentes con mucho encaje,

escotes y perfiles, galas y flores,

á ver si la defenden de sus rigores.

S. Ortega Montalegre.

Santa Cruz del Retamar, Julio 1909.

La prensa y la guerra.

Los calores estivales, que siempre traen consigo un período de relativa calma a la prensa de mayor circulación, porque aquéllos cierran a ésta los centros en que se informa, se deshacen los círculos de la chismografía política, y huyen a las frescas playas del Cantábrico las aristocráticas damas que con sus bailes y reuniones invernales producen un fin ó abundante al rotativo; este verano se presenta extraordinario en noticias con motivo de la guerra de Meillia.

Esta prensa rotativa, ese cuarto poder del Estado, que lleva a la opinión sensata del pueblo español por los senderos torcidos en muchas ocasiones, en ésta, ávida de ganancias, sedienta de influencias y deseosa de la dominación, no tan solo conduce a la opinión sensata al engaño, que en las peligrosas circunstancias que nos encontramos, conduce a la opinión ignara a la sedición.

No es de mi incumbencia hacer apreciaciones más ó menos juiciosas sobre las causas ocasionales que han dado origen al actual conflicto hispano-marroquí.

La opinión sana que exija en su día las debidas responsabilidades a los que nos llevaron a la pelea, si tienen carácter y valentía para

decir la verdad; pero de eso, a que la prensa rotativa lance al viento arrojadas sediciosas, y que detenga al valiente soldado español para que no vaya a los campos africanos a defender la bandera nacional y a castigar el grosero insulto que a un pueblo anárquico, ha infundido al honor de España, hay una gran diferencia.

¿Qué prensa es esa? ¿y qué periódicos informativos son esos, que en su pluma en hiel, aconsejando que la guerra es injusta, que a Meillia mandamos los robustos brazos de nuestra agricultura a defender los intereses de cuatro ambiciosos; que debemos dejar la injuria infernal sin el condigno castigo, y, en su consecuencia, hemos de dejar indefensos a aquellos héroes de la patria herida, que bajo los ardorosos rayos del Rif están ensuciando a nuestro suelo con su sangre?

Estos periódicos, que salen en esta algarada con cuatro ó cinco hojas llenas de tinta negra, y casados de mentiras, con cuyos abusos de un perro chico se cobija la opinión del arroyo, son y han sido, en lo que llevamos de siglo, la mercancía ímica que ha corrompido la inteligencia y ha viciado el corazón de las juventudes en que España confiaba para obtener sus triunfos, han sido el comercio de papel manchado, que se ha cotizado y se cotiza á elevado precio; son los que han debilitado en el ejército español el sentimiento religioso y el patriotismo que animó siempre a los Capitanes de nuestros tercios castellanos; esos periódicos son los que han hecho a los nobles Batallones que embarcaron en Madrid, borrar su historia y lanzar una ofensa a sus dignos Jefes, en la misma ocasión en que debían mayor disciplina.

Esta es la prensa liberal, la que extra todos los días en las casas de arraigada opes católicas; la que no se avergüenzan tener en sus manos muchos ejemplares de las Conferencias de San Vicente de Paul, que confiesan con frecuencia; esa prensa que muchos soldados llevan en sus bolsillos y en la que colabora el indigno Sacerdote.

Los que no leen «El País», los que no están afiliados a ningún partido que proclama la destrucción de la sociedad, ó no buscan en esos partidos, llamause carlistas ó socialistas, el modo personal, antepone el honor de su religión y la integridad de un pueblo a todo, y á esos se les ve partir para la guerra alegres, risueños, entusiasmados, porque no pueden consentir la agresión de un pueblo bárbaro.

Fregueta en los Batallones expedicionarios quienes eran los que se ponían delante de los trenes para impedir la marcha de los honrados soldados que llevaban la alta misión de representar los intereses de España en el frente de unas hordas que han manchado muchas veces nuestra historia, y os responderán que eran los que leen «El País» y sus afines, «El Liberal» y sus camaradas; son los que mantienen vivo el odio al orden, á la Religión, a la Patria, y de los que proclaman muy alto para sus fines aquel refrán español: «El río revuelto ganancia de pescadores».

En las presentes circunstancias es muy peligroso hablar de la guerra, porque muchos á lo que aspiran es á influir el perro chico, sea de verdades ó de mentiras, y de aquí que yo aplaudo la conducta seguida por el Sr. Leclercq, aunque me tengan por soberbio aquellos que se pasan la vida disparando contra lo divino y lo humano, pero siempre protegidos por el velo del anonimato; aunque me tengan por algún dictador los que quieren ver a sus pies á esta pobre patria mía, que se levanta airada contra un pueblo cobarde y lanza el desprecio á los hipócritas, hijos suyos, que se creen mantenedores de su honra atentando á la sedición de palabra ó por escrito.

El Párroco de Ollas del Rey.

A los labradors.

La Cámara Agrícola Toledana, en la primera Asamblea general que celebró esta Oámara, en los días 22 y 23 de Noviembre de 1908, acordó celebrar una Exposición de Maquinaria Agrícola, abonos minerales y product- s agrarias, para que los agricultores vean y examinen todos los adelantos de la mecánica moderna aplicada á la agricultura.